A este discurso pronunciado en un tono de autoridad y de majestad enteramente divina, enmudecieron los apóstoles, procurando explicarse en el silencio. Sólo Santo Tomás que parece comprendió mejor que los demas, dijo á sus compañeros: "Y bien: vamos, y si fuere necesario morirémos con El y por El: *Dixit ergo Thomas ad condiscipulos: Eamus et nos ut moriamur cum eo* (v. 11)."

Desgraciado apóstol, dice sobre esta respuesta tan rápida de Tomás, el venerable Beda; desgraciado apóstol que hablando de esta suerte contaba con lo generoso de su corazon, sin pensar en la fragilidad de sus fuerzas y sin tomarse el trabajo de implorar el socorro de esta LUZ DIVINA, con cuyo auxilio solamente puede evitarse toda caida. Como Pedro algunos dias despues, este mismo Tomás que ahora hace esta declaracion; ó mejor dicho, este arrebato de valor, sólo tendrá confianza en sí mismo, se creerá á sí muy fuerte, y por consiguiente, en la noche de la pasion, lo mismo que Pedro, tropezará tambien, huirá como los otros y será mas *incrédulo* que los demás (1). ¡Ah, hermanos mios! ¡y cuán poca cosa es por sí el hombre! Mientras camina á la luz de la palabra de Dios y apoyado en su gracia, á cubierto está de todo error y de todo pecado; pero él es triste víctima de uno y otro, tan luego como estribado en sí mismo, no tiene mas recurso que sus propias luces y sus propias fuerzas. Volvamos al Evangelio.

4 Jesus prueba su divinidad anunciando la muerte de Lázaro á sus discípulos. El sueño de la muerte de los amigos de Jesucristo.

Cuando en la persona de sus discípulos nos revela el Divino Salvador estas importantes verdades; estaba corporalmente á tres dias de distancia de Bethania. Los enviados de Marta y de María no le habian noticiado, como lo observa San Agustin, sino la enfermedad de Lázaro. Hablando humanamente, no podia, pues, saber que habia muerto (2). Pero lo que á tal distancia no podia conocer un hombre, ¿podria ocultarse al Hijo de Dios? Este Hijo de Dios á cuyas manos vienen las almas todas de los que mueren, ¿podia ignorar que Lázaro acababa de exhalar la suya? (1) Por eso, pues, el Hijo de Dios, al mismo instante en que espira Lázaro, anuncia su muerte á sus discípulos, diciéndoles: "Sabed que nuestro amigo Lázaro acaba de dormirse; y voy á su casa para recordarle de su sueño: *Lazarus amicus noster dormit; et vado, ut à somno excitem eum* (v. 12)." ¡Oh, exclama aquí San Agustin: ¡cuán sublimes al par que deliciosas y consoladoras son estas palabras de Dios hecho hombre para los verdaderos cristianos! Nada más exacto que esta espresion: "Lázaro duerme," aplicada á Lázaro que acaba de morir. A los ojos de los hombres que no podian resucitarle, Lázaro era un muerto, pero para el que con su poderosa palabra podia volverle á la vida, Lázaro era un hombre dormido, á quien era fácil despertar en el momento; y de estas palabras del Salvador aprendió San Pablo á llamar "durmientes" á los verdaderos fieles que, muriendo en el Señor, van á esperar en sus tumbas el instante de despertar á una vida gloriosa é inmortal (2).

Reflexionad tambien en que no ha dicho el Divino Salvador: "Lázaro mi amigo," sino "Lázaro *nuestro* amigo, es decir de nosotros," en lo que hizo alusion á las tres personas de la augusta Trinidad, queriéndonos en esto enseñar, que el hombre de bien, el hombre de fé y de caridad, el hombre en estado de gracia como Lázaro, es el amigo verdadero de las tres Divinas personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; que tiene derecho á su intimidad, á su ternura y amor, y que su muerte sólo es un sueño; el mas tranquilo, el mas dulce y suave: *Amicus noster dormit.* Entended bien esta preciosa leccion; consolaos y no temais al acercarse la muerte, almas cristianas; almas fieles, almas que amais sinceramente á Jesucristo. Vosotras moriréis sin duda, como el resto de

1. "Sic loquebatur quasi faceret possit quæ alios hortabatur im-
" memor fragilitatis suæ si cutet Petrus [*Cat.*]."
2. "Æger, non motuus fuerat nuntiatus."

1. "Sed quid laterat eum ad cujus manus anima morientis exie-
"rat?"
2. "Verum dixit; Domino dormiebat, hominibus mortus erat, qui
" eum suscitare non poterant. Ergo secundum potentiam suam, dixit
" dormientem." Sicut apostolus "dormientes" appellavit quos resus-
" citaturos prænuntiavit (*Ang. loc. cit.*)."

los hombres; pero muriendo, sólo dormiréis en compañía de Jesucristo, vuestro querido amigo, para ser resucitados algun dia por El, y así como El resucitó. *Lazarus amicus noster dormit. Vado ut á somno excitem eum.*

Empero los apóstoles, espíritus sencillos y groseros, nada comprendieron de un lenguaje tan dulce y misterioso; pensaron, dice el Evangelista, que Jesucristo les hablaba del adormecimiento del sueño de Lázaro, cuando el Señor no habia hablado sino de su muerte: *Dixerat autem Jesu de morte ejus. Illi autem putáverunt de dormitione, somni diceret* (v. 13). Así es que hicieron esta sencilla pregunta: "Señor si, Lázaro duerme no corre ya ningun riesgo, y aun puede considerársele como sano: *Si dormidit, sanus est* (v. 14)." Con lo que pretendieron decirle, en expresion del Crisóstomo: puesto que Lázaro no está ya en peligro (porque un enfermo que duerme bien, se encuentra casi curado) no merece la pena hacerse este viaje á Judea para despertarle (1). A lo que les replicó el Salvador con su acostumbrada dulzura: "Pues necesario es que os diga claramente las cosas, sabed que no se trata ahora de sueño. Lázaro ha muerto. Y yo me he alegrado de esta ocurrencia, porque yo no estaba allí; y me alegro por vosotros, para que podais creer mejor: *Tunc ergo Jesus dixit eis manifeste: Lazarus mortus est; et ego gaudeo, ut credatis; quia non eram ibi* (v. 15)."

Efectivamente, dice San Agustin, pasando los apóstoles á Judea, y sabiendo que Lázaro habia muerto en el momento mismo en que el Salvador, sin haber visto ni oido hablar de su fallecimiento, se los habia anunciado en los términos mas claros, no podian dudar que Jesucristo veía las cosas distantes como si las tuviera presentes, y creyeron mucho mas en su divinidad (2).

Segun San Pedro Crisólogo, esto fué como si Jesucristo les hubiera dicho: "La resurreccion de Lázaro, á la que debeis asistir, será la figura de la mia: se verá de antemano en el siervo una muestra ó ensaye de lo que, dentro de algunos dias sobrevendrá al Maestro. Cuando

1. "Solet esse sumus ægrotantium salutis indicium. Non igitur utile est quod tu vadas ad excitandum eum (*Loc cit.*).

2. "Ut jam inciperant admirari quia Dominus poterat dicere mortuum, quod nec viderat, nec audiverat."

yo me presentaré á vosotros resucitado despues de mi muerte, al recordaros que Lázaro ha resucitado pasados cuatro dias, no tendréis dificultad en creer que yo habria resucitado algunas horas despues de mi muerte; y trayendo á la memoria que resucité á Lázaro con el poder de mi palabra, no podréis dudar que he podido resucitarme á mí mismo. Y la idea de este aumento, de esta firmeza que vuestra fé y la de todos los cristianos en mi resurreccion, va á adquirir el prodigio de la de Lázaro, llena de placer mi corazon." ¡Ah! ¡cuán preciosas son para nosotros estas palabras de nuestro Divino Salvador, que nos hacen tan importante revelacion! Ellas nos aseguran que nuestra fé humilde, sincera y fervorosa en sus misterios forman la alegría, la dicha, las delicias del Señor; *Guadeo propter vos, ut credatis!*

5. Quéjase Marta al Señor de haber dejado morir á su hermano. Magnífica revelacion de que Jesus es la RESURRECCION *y la vida. Explicacion de estas sublimes palabras.*

Instruyendo de esta manera á sus apóstoles, y en ellos á todos los fieles, habia llegado el Redentor divino cerca del castillo de la familia de Lázaro. Hallábase éste á una legua de Jerusalem, y á él habian acudido en gran número los judíos nobles de esta ciudad, á consolar á Marta y á Magdalena de la pérdida de su hermano: *Erat autem Bethania juxta Ierosolyman quasi stadiis quindecim Multi autem ex Judæis venerant ad Martham et Mariam, ut consolarentur eas de frater suo* (v. 19). Sabiendo Marta por uno de sus criados que se acercaba el Señor; impaciente de verlo y de manifestarle su dolor, dejó á su hermana el cuidado de acompañar en su casa á la mucha gente que habia ido á visitarlas y voló al encuentro del Divino Maestro: *Marta, ut audivit quia Jesus venit, ocurrit illi. Maria autem domi sedebat* (v. 20). Y deteniéndole en la calle pública se arroja á sus piés; y deshaciéndose en lágrimas, con una voz interrumpida por los sollozos, le dice: "¡Ah Señor! ¿cómo no estábais aquí hace cuatro dias? Mi hermano ciertamente no hubiera muerto; Ninguno muere cuando está cerca de Jesus. *Domine, si fuisses hic, frater meus non esset mortuus* (v. 21). Pero yo no desespero, añade: sé muy

bien que cuanto pedís á Dios os lo concede, y ahora os concederá la vida de mi hermano: *Sed nunc scio, quia quæcumque poposceris a Deo, dabit tibi Deus* (v. 22)."

Necesario es disculpar á Marta, dice San Pedro Crisólogo, de esta ambigüedad de expresiones, de esta confusion y aun contradiccion de sentimientos y de ideas, con las que esta alma llena de fé parece creer y no creer al mismo tiempo en la divinidad del Salvador. El pesar que le roe el corazon, confunde su espíritu al grado de que ella misma no puede comprender lo que dice (1).

Por esto el amable Salvador no la reconviene ni le echa en cara aquella inconsecuencia de ideas; al contrario, se compadece de ella, la levanta del suelo, y con un semblante lleno de bondad le contesta: "Consuélate, Marta, tu hermano resucitará: *Dicit illi Jesus: Resurget frater tuus* (v. 23).

La fé en la resurreccion de los muertos en el último dia del mundo, esta fé primitiva, tradicional y general en el universo, era muy viva entre los judíos que leían á Job y á los profetas, por cuyo medio habia Dios renovado en los términos más claros y formales la revelacion de un misterio tan grande. No habiendo sin embargo determinado el Señor, el tiempo en que Lázaro resucitaria, creyó Marta que al decirle: "Tu hermano resucitará," hacia alusion á la época de la resurreccion universal de todos los hombres, y exhalando un profundo suspiro, exclama: "Bien lo sé que mi hermano resucitará igualmente con todos en el último dia, cuando la resurreccion universal, *Scio quia resurget, in resurrectione, in novissimo die* (v. 24)."

Entónces Jesucristo, tomando la actitud, el continente, el tono de Maestro, de Señor y de Dios, con una voz misteriosa y solemne, que conmueve los cielos, hace estremecer la tierra, y llena de turbacion á los infiernos, pronuncia estas palabras, que ninguna lengua habia articulado, ni escuchado oído alguno; estas palabras, las mas asombrosas, las más magníficas y sublimes entre todas las de este género que se hallan en el Evangelio: "Yo soy la resurreccion y la vida. Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá jamás: *Ego sum resurrectio et vita. Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet; et omnis qui vivit, et credit in me, non morietur in æternum.* (v. 25 y 26)."

1. "Credulitatem incredulitas confundit: nimio dolore perturbata credit et dubitat [Serm. 64]."

¡Oh voz portentosa! ¡Oh palabras sobrehumanas! El escritor sagrado no podia haberlas inventado, si el mismo Jesucristo no las hubiera verdaderamente pronunciado. Jamás, jamás pudo venir á la mente de ningun humano poner semejante lenguaje en la boca de un hombre. Todavía más; ni el mismo Jesus hubiera podido proferirlas, si no hubiese sido verdadero Dios. Esta manera de hablar dista mucho de todo lenguaje humano: á ningun hombre le es posible explicarse así, porque ni uno solo puede pensar de esta suerte. Solamente un Dios tiene poder de expresarse como acabamos de oirlo, porque únicamente Dios puede formarse semejantes ideas de sí mismo.

¡Ah! al escuchar á Jesucristo expresarse de una manera tan nueva y singular, tan extraordinaria y sublime; tan distante en fin, y tan sobre el modo comun de hablar de todos los hombres, los judíos tuvieron más razon de exclamar: "Desde que el mundo existe, jamás hombre alguno osó explicarse así: *Nunquam sic locutus est homo* (*Joan.*, VII). Y aun me atrevo á afirmar, que estas palabras de nuestro amable Salvador son más divinas que su obra; que lo que ha dicho de sí mismo en esta circunstancia, prueba más que lo que ha hecho, que es Dios; que el dogma de su divinidad resalta más claro, más evidente y luminoso de esta declaracion, que del prodigio de la resurreccion de Lázaro. Porque si es posible que un hombre haya podido resucitar á otro hombre, me parece mucho más que un hombre haya podido hablar de esta manera de sí mismo, sin ser Dios. Este lenguaje parte del cielo: aquí no puede equivocarse la palabra, la fraseología, el estilo de Dios. Esta es la naturaleza divina revelándose en todo el explendor de su magnificencia y de su verdad y solamente la mas densa ceguedad puede dejar de verla, la más deplorable estupidez no comprenderla, ó la obstinacion de la impiedad desconocer, que el que así habla, es verdadera é inefablemente Dios.

¡Cuán reconocidos, pues, debemos estar á esta santa y afortunada vírgen Marta, cuya pureza de corazon, doci-

lidad de espíritu, deseo sincero de conocer mejor á Jesucristo y humilde oracion, nos han valido de parte de este Hijo de Dios una declaracion de su divinidad, tan brillante, tan majestuosa y grande, y lo que es mas, tan imponente y autorizada!

Marta, en su fé todavía infantil é imperfecta, habia dicho al Señor: "Yo sé que todo lo que pedís á Dios, El os lo concede: *Scio quod quæcumque poposceris á Deo, dabit tibi Deus;*" y Jesucristo, dice el Crisóstomo, respondiendo con esta gran palabra: "Yo soy la resurreccion y la vida: *Ego sum resurrectio et vita,*" quiso decir: En mí el hombre que ora, está íntimamente unido al Dios que otorga. Yo no necesito del auxilio de ninguno, ni tengo necesidad de pedir para que se me conceda. Yo soy el Arbitro absoluto, el Dispensador supremo, así como soy la fuente de todo bien; yo no doy una vida que debo pedir, una resurreccion que debo recibir; doy la vida y la resurreccion de que soy orígen, principio, razon y causa, y que tengo esencialmente en mí mismo, porque yo soy la resurreccion y la vida (1).

Por otra parte, diciendo: "Yo soy la resurreccion y la vida," fué como si hubiera dicho, segun Alcuino: "Por lo mismo que soy la vida, soy tambien la resurreccion. Siendo yo mismo la vida, personificándose ésta y hallándose esencialmente en mí, yo vivo siempre; y porque vivo siempre puedo revivir á los que están muertos y ser su resurreccion como he sido su vida. Y si por mí todos los hombres resucitarán un dia, ¿por qué no pudiera yo, segun esto resucitar hoy un solo hombre, puesto que por mí todos alguna vez han de resucitar? (2)" De esta manera es como el Divino Maestro, instruyendo á una mujer, ha enseñado á toda la Iglesia, ha instruido á todo el mundo, ha confundido de antemano la blasfemia estúpida que no ha tenido cabida ni aun en Satanás, el error sacrílego que disputa á Jesucristo su divinidad.

1. 'Illa dixerat: Quæcumque poposceris, dabit Deus, Ipse dicit: " Ego sum resurrectio et vita: ostendens quod non indiget adjutorio, " et quod ipse est distributor donorum [Hom. 62 in Joan].

2. "Ideo resurrectio quia vita. Per quem tunc cum aliis, per eum- " dem potest modo resurgere [Cat.].

6. *Efecto prodigioso de la revelacion que Jesucristo acaba de hacer á Marta. El acto sublime de fé de esta mujer, es figura del testimonio que dá la Iglesia de Jesucristo. Felicidad en creerlo.*

Mientras que el Salvador hablaba así á los oidos de Marta, brillaba una inmensa luz de su alma dócil, y una superabundante gracia que siempre acompañaba las palabras del Hombre Dios, inundaba y elevaba su virtuoso corazon. Comprendió, pues, ella de un golpe, la verdad, la sublimidad y magnificencia de esta revelacion divina, y quedó arrebatada y como fuera de sí misma. Elevando sus miradas y recorriendo en un instante el abismo que separa á Dios del hombre, al través de éste vió en Jesucristo al Hijo consustancial de Dios, reconoció y amó á este mismo Dios, y se encontró llena toda y poseida de El, y en estado de pensar y hablar como Dios piensa y habla de sí mismo. Así es que cuando Jesucristo le pregunta si cree la grande é importante verdad que acaba de decirle: *Credis hoc?* (v. 25) Marta no vacila ni un momento en hacer esta confesion pública de su fé, diciendo con el tono de una conviccion profunda y el entusiasmo de un grande amor: "Sí, sí Señor, siempre he creido, y ahora mas que nunca creo que vos sois el Mesías, el Hijo de Dios vivo; venido al mundo para salvarlo: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus, filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti* (v. 27)."

¡Oh! ¡cuán grande es en su pequeñez esta confesion, y cuán sublime es su simplicidad! En ella se vé la unidad de la naturaleza y la pluralidad de las personas en Dios. En ella la consustancialidad del Verbo Divino. En ella el objeto de su encarnacion, de su vida y de su muerte. Estos son los dogmas fundamentales del cristianismo. Esta toda la religion en compendio, contenida de tres palabras. Este es el acto de fé teológico, mas cumplido y perfecto que se encuentra en los Sagrados Libros.

Venid aquí, miserables discípulos de Arrio, herejes filósofos y filósofos herejes, que no sabeis abrir la boca sobre el adorable Jesus sin desconocer su mision, sin blasfemar su persona, sin maldecir su nombre, sin disputar su divinidad: venid á escuchar á esta mujer, aprended en su escuela, que JESUCRISTO ES EL HIJO DE DIOS VIVO y no

del Dios operante, es decir, que es, por explicaros así, el renuevo inefable de la naturaleza del Padre, y no un efecto de su poder; que es engendrado, mas no ha sido creado; que es de la misma sustancia, de la misma naturaleza del Padre; y por lo tanto Dios vivo El mismo, con todas las perfecciones que constituyen el sér y la vida de Dios. Aprended en la escuela de esta mujer, que este Hijo de Dios no es un filósofo aparecido al hombre para hacerse admirar de él, sino que es el CRISTO, es decir, el Mesías prometido al hombre, esperado por él como el único que puede iluminarle, morir por él y salvarle. Y viendo en estas tres palabras proferidas por una mujer, mucha más ciencia y filosofía que en cuantas pueden encontrarse en los escritos de todos los sabios, de todos los filósofos y de todos los hombres, reconoced que los Libros Santos, donde se leen tales maravillas, no son ni pueden ser producciones humanas, sino revelaciones de Dios. Recordad tambien lo que dice Jesucristo á Pedro cuando hizo una confesion casi semejante á la de Marta: Dichoso eres tú, Pedro, porque no en la escuela de la carne y de la sangre, sino en la de mi Padre celestial, por su inspiracion y su luz, es en la que has aprendido que yo soy el Hijo de Dios vivo (*Matth.*, XVIII)." Síguese claramente de esta divina palabra, que si ha hecho tambien Marta la misma confesion, no la ha aprendido sino en la misma escuela, ha participado de igual inspiracion, ha tenido por maestro al mismo Padre celestial, al mismo Dios; y por consecuencia, que escuchando á Marta y creyendo en la verdad que confiesa, no es á una mujer á quien dais fé, sino al Espíritu Santo, al mismo Dios, que habla en ella y por sus labios.

¡Cuán misterioso, cuán sublime es este diálogo, y aun diria yo este drama, entre el Hijo de Dios y una pequeñuela mujer! ¡Apénas se revela y se manifiesta Jesucristo, al punto Marta lo reconoce y confiesa Hijo del Altísimo!

Esta es, por lo tanto, una doble revelacion de la misma verdad, ó bien la misma verdad manifestada de una manera más elevada por la palabra misma de Jesucristo, explicada en seguida y traducida en términos más claros y precisos por la inspiracion de Dios en la confesion

de Marta. Aquí teneis, pues, hermanos mios, igualmente el gran misterio de la enseñanza católica. Dios se ha revelado á la Iglesia, y apoyada en esta inspiracion divina, ella confiesa á Dios. De suerte que la fé de la Iglesia figurada en la de Marta, es no menos una enseñanza divina, que nos hace más fáciles y claras las divinas revelaciones. Esa fé es la revelacion divina reducida á la práctica, realizada por el hombre; pero estribando siempre sobre la inspiracion y la asistencia de Dios. Tal es el motivo por que la fé de la Iglesia es tan segura é infalible como la revelacion de Dios; y que siguiendo lo que ella cree permanecemos en la verdad, así como escuchamos al mismo Dios, creyendo lo que la Iglesia enseña. Como su enseñanza es la de Dios, su fé no es ni puede ser otra que la de Dios.

Estos son los sublimes misterios, estas las importantes lecciones que nos enseña la conversacion de Marta con Jesucristo. ¡Mujer grande, mujer feliz, de que ha formado nuestro Salvador uno de los primeros confesores y evangelistas de su divinidad!

Así es como por una fé tan noble é ilustrada, tan viva y perfecta, prepara, obtiene, y casi, diré, arranca Marta de las manos del Señor el prodigio de la resurreccion de su hermano. Porque su fé es aquella misma que Jesucristo llama LA FÉ DE DIOS (*Marc.*, XI), y que dispone como soberana de los prodigios de su mano; lo que es tanto más cierto, cuanto que á la fé y ruegos de Marta vienen á unirse la fé, las oraciones y lágrimas de Magdalena, como vamos á verlo, avanzando más y más en la narracion de este portentoso suceso.